

SAN VICENTE DE LA SONSIERRA

LA PENITENCIA DE "LOS PICAOS"

Nadie resiste más de treinta minutos los continuos golpes de la madeja de hilos de algodón en la espalda. Poco a poco, singularmente a la altura de los riñones, un amplio hematoma se extiende por el dorso de los penitentes, y la piel se trasluce y deja ver la masa amoratada de sangre recogida. Los brazos duelen ya de tanto manejar un flagelo tan pesado. El práctico, entonces, se acerca al disciplinante y le saja con vidrios hasta que la sangre fluye y mancha la túnica blanca. Mañana, Viernes Santo, es posible que alguno de los *picaos* repita el castigo si de ello tiene hecha promesa, como ocurre cada año desde hace cinco siglos durante las procesiones de Semana Santa de San Vicente de la Sonsierra, en la Rioja.

San Vicente es un pueblo a caballo, dudoso entre su naturaleza riojana y su vocación vasco-navarra, encerrado en el único enclave de la provincia de Logroño en la margen izquierda del Ebro, atrapado entre el río y los montes de Peñacerrada, ya de Alava. A San Vicente se llega como a traición, al final de una carretera de las coloreadas de amarillo en los mapas y con visos de montaña rusa. La última curva bordea el monte del Calvario y aboca a las primeras casas.

En esta pequeña loma, que termina en una larga, amplísima explanada, y en su gemela, que al otro extremo del pueblo conserva lo que fue adusto castillo roquero, vigía sobre el Ebro, y que alberga hoy día la iglesia parroquial y la llamada Casa de la Penitencia, se representa cinco veces al año una ceremonia penitencial, a medias bárbara y sobrecogedora, que el pueblo silenta y sostiene como su más auténtica expresión de fe: en tres ocasiones durante Semana Santa (Jueves por la tarde y Viernes por la mañana y por la noche) y en los días de la Invencción y Exaltación de la Santa Cruz (los terceros de los meses de mayo y septiembre), los penitentes se flagelan la espalda hasta la extenuación, y la sangre fluye para manchar las túnicas y lavar los pecados del mundo.

San Vicente y su historia están marcados por el Ebro, que en tiempos fue allí frontera entre navarros y castellanos, cuando el lugar era cabezal de la Sonsierra de Navarra, de cuyos Reyes dependía la comarca, y vigilaba que los castellanos, en el vecino Briones, a tres tiros de piedra y el río de por medio, respetaran el «statu quo» bélico de la Reconquista.

En las fachadas de las recias ca-

sas de piedra hablan todavía los viejos blasones de antiguos y sonados hechos de armas. Los 270 vecinos (unos 1.300 habitantes) de San Vicente se apiñan a la sombra y al cobijo del que fue castillo y atalaya. Desde este mirador se contempla un magnífico panorama que el Sol del atardecer, reflejado en los muchos meandros del Ebro, ládera abajo, se empeña en casi transparentar. Allí se ven las huertas y las cuatro cepas (buen vino el de este pueblo) que trepan monte arriba y que cada familia cultiva con devoción. El minifundismo (y también «¡qué mala cosecha tuvimos el año pasado!») fuerza a la emigración, que, si al Sur del río prefiere Zaragoza y el inevitable Madrid, a este lado se dirige a Eibar y Mondragón, de igual forma que en verano vienen los de Bilbao a veranear («Se nos mete aquí toda la vascada. En la misma habitación»).

La vocación, sin embargo, es navarra. «Aquí fuimos navarros, ¿sabe usted?», y Castilla, a la que administrativamente están adscritos, está separada por algo más que el río. En no pocas casas se conserva el clásico retrato del pretendiente Don Carlos (y el perro fiel a sus pies), que se batió San Vicente por él contra los isabelinos y engrosaron los mozos en el 36 los tercios de Requetés. Generosa y hospitalaria esta gente, confiada y franca esta gente de las tierras abiertas del Ebro, y altivos y levantiscos, como corresponde a un pueblo de frontera creado por la necesidad de mantenerla.

«Los picaos»

En este entorno, en esta tierra recia de vino y matanza, en esta tierra de blasones y carlismo, en esta tierra de amor a la tierra porque les pertenece, a las montañas porque les defienden y al río porque les separa, son posibles los *picaos*. En la tarde del Jueves Santo, después de los Oficios y poco antes de que anochezca, aproximadamente una docena de hombres, confesados y comulgados, se dirigen a la Casa de la Penitencia, vecina a la iglesia parroquial, en el derruido recinto amurallado. En la iglesia se forma la procesión del Vía Crucis, que atravesará de punta a punta el pueblo, hasta el monte del Calvario, donde trece cruces y un sepulcro de piedra gris toscamente labrados representan las catorce estaciones.



La sangre fluye y mancha la túnica blanca.

Para *picarse* o flagelarse son mínimos los requisitos previos. Los miembros de la Cofradía de la Santa Penitencia, depositarios de esta tradición (32 propiamente dichos y varios más honorarios, residentes fuera del pueblo), pueden disciplinarse sin más condición que comunicarlo al mayordomo de la Cofradía. Los demás —y son mayoría los forasteros entre los que se *pican*— han de pedir permiso de trámite al párroco de San Vicente, que es el tiempo abad de la Cofradía (o al mayordomo, en su defecto), presentando un aval de moralidad, expedido por el párroco del lugar de que procedan, con cuarenta y ocho horas de antelación.

Una vez en la Casa de la Penitencia —primitiva construcción románica propiedad de la Cofradía—, los penitentes pasarán junto con su *padrino* o acompañante a la Sala de la Vestimenta, donde les son re-

partidos los hábitos y las *madejas*. En silencio, el *padrino* les ayudará a desvestirse y ponerse «... sus hábitos de lienzo blanco grosor, fechos en forma de T, con su *capilla* para cubrir el rostro y la cabeza y descubiertas las espaldas... y su cordón fecho de esparto o de cáñamo, con sus disciplinas en las manos», según dispone la Regla de la Cofradía. Las disciplinas o *madejas* consisten en un mazo de finos hilos de algodón, atados en uno de sus extremos a modo de empuñadura para facilitar su manejo, de unos cincuenta centímetros de longitud y un peso que varía entre los tres y los cinco kilos. El *padrino* les cubre además con una burda capaparda de estameña que lleva una cruz en su centro.

La procesión recorre entre tanto las callejas del pueblo camino del Calvario. Los mozos, en andas y por cuadrillas, transportan los pa-



Balancea la madeja entre las piernas, la alza por encima de los hombros y la deja caer en las espaldas.



El práctico pincha la espalda del picaos.



Sus hábitos de lienzos blancos groseros, hechos en forma de T, con su capilla para cubrir el rostro y la cabeza y descubiertas las espaldas...

MIGUEL MORER

tirado la capa y dejará su espalda desnuda.

Cuando la procesión reanuda su marcha, de regreso a la iglesia, se inicia el rito de los picaos. El primer golpe es rotundo: balancea la madeja entre las piernas, la alza por encima de los hombros y la deja caer, de tres a cinco kilos, en las espaldas; el extremo de la madeja flagelará el espacio entre costillas y riñones. Como quien maneja un pico que cavara su propio dorso, el disciplinante blandirá alternativamente sobre sus hombros, a derecha e izquierda, con todas sus fuerzas, tan pesada tralla, y si es primerizo, no elevará lo bastante los brazos, de modo que la madeja golpeará las costillas y producirá dolorosas rozaduras en los hombros. Los curiosos se agolpan y apuestan: los picaos no dan ventaja a nadie. Al entrar por las primeras casas del pueblo, los muros devuelven un fragor martilleante, seco, como si las uñas de un animal mitológico arañaran la piedra viva o todas las viejas del mundo cuchichearan al tiempo una misma jaculatoria de muchas erres.

A los diez minutos de iniciado el castigo, un extenso hematoma amorata la piel del penitente. Empieza a jadear; cada paso es un nuevo golpe; cada golpe es una bocanada de aire que los brazos, unidos por delante del pecho y de arriba hacia abajo una y otra vez, dificultan, hasta que empieza la fatiga y se mueven sin control, como un asa mecánica, siempre golpeando, siempre golpeando. A los veinte minutos ha desaparecido el dolor físico de la espalda, y alrededor de la mesa camilla, dentro de casa, se apagan las bombillas para mejor oír los azotes.

El padrino dará dos palmadas en el hombro del penitente y le tenderá la capa sobre los hombros cuando la carne esté, a su juicio, suficientemente macerada. Ha llegado el momento de pinchar, cuando se llama al práctico, un miembro de la Cofradía encargado de tal menester, quien, provisto de una esponja de cera cuajada de vidrios rotos, se dispone a abrir la gran mancha de sangre recogida en la espalda del penitente. La operación se realiza en plena calle. El práctico traza dos cortes someros, uno a cada lado de la columna vertebral, en la parte inferior del hematoma, de donde empieza a manar la sangre, primero mansamente. El padrino recomendará al picaos que se flagele nuevamente un par de minutos para que acabe de fluir la sangre por las heridas abiertas, hasta que entienda que ha cesado el flujo y le vuelva a cubrir la espalda con la capa.

Los picaos (el del Apostolado —enorme—, el Cirineo, el Huerto, San Juan y la Magdalena, Pilatos, la Virgen), que años atrás hacían descalzos. Paulatinamente, los penitentes y sus padrinos se incorporan al desfile, entre los murmullos de la chiquillería y los siseos de las mujeres, imposibles de identificar los pies desnudos de los disciplinantes, hasta que, ya en la explanada del Calvario, comienza el ejercicio del Vía Crucis.

Inevitablemente, el viento helador del Norte barrerá la explanada y las voces de los hombres, mujeres y niños de San Vicente, que entonan a pelo las ingenuas estrofas alusivas a cada estación, compuestas por un poeta local y deformadas al cabo de los años, que terminarán por ahuyentar con su triste, cansina, monotonísima salmodia a los cientos de curiosos que esperan el espectáculo morboso de la sangre y el ruido tremendo de las disciplinas, rítmicas, en las espaldas de los penitentes.

Al olor de la sangre

Las catorce estaciones que andante son la Vía Sacra de la santidad...

concluye el Vía Crucis cantado. En ese momento, cuando se hayan acallado las voces de los rezagados, perdidos ya en una coda interminable, se hincarán de rodillas los penitentes ante los pasos de su devoción. Se hace el silencio, y llegan los forasteros al olor de la sangre, mientras la Guardia Civil (una sección mandada llamar para estos días, no hay puesto en San Vicente) reclama al orden. El penitente extiende sus brazos en cruz, ora brevemente y se persigna. Antes de levantarse, el padrino le habrá re-



Los Seat 124 le ofrecen más espacio interior, más prestaciones y más seguridad que cualquier otro 1100-1300 c.c.

Más espacio interior

No existe ningún otro coche de su categoría que pueda igualar al 124 en la amplitud de sus cinco plazas.

Sus asientos anatómicos, reclinables, elegantemente tapizados y su impecable acabado interior son detalles de gran confort que sólo encontrará en coches de auténtica clase.

Más prestaciones

La perfecta relación entre sus cuatro velocidades le permite coronar con facilidad las más empinadas cuestas.

Llanean a más de 140 kilómetros por hora. Adelantar con plena seguridad. Circular por ciudad con la manejabilidad de un utilitario. Andar por caminos vecinales con la resistencia de un «todo terreno».

Más seguridad

El SEAT 124 es el único coche de su categoría con frenos de disco a las cuatro ruedas.

Además, su servofreno* y doble circuito independiente, unido a la tradicional estabilidad del 124, hacen de él un coche plenamente seguro en cualquier circunstancia.

Deberíamos hablarle del precio, pero preferimos que antes se informe de todos los 1100-1300 c.c. que hay en el mercado.

Después acuda a cualquiera de los Concesionarios SEAT...

Utilice su poder de crédito con FISEAT y haga suyo un 124



SEAT 124

Usted puede elegir entre el SEAT 124-D, 124-D cinco puertas y 124-LS.

* en el 124-LS

LA PENITENCIA DE "LOS PICAOS"

Otro picao tomará su lugar, para que a ningún paso le falte su penitente en el camino de regreso de la procesión a la iglesia. El ya disciplinado y su padrino abandonan el desfile y se dirigen a la Casa de la Penitencia. Allí les aguardan cuatro cofrades, dos a la puerta y otros dos en la Sala de Cura, junto con el segundo práctico, que tiene a su cargo el lavado de las heridas producidas por su compañero, con especial cuidado de retirar cualquier pedazo de vidrio que haya podido quedar entre las llagas. Las heridas se lavan con agua de romero, y al decir de las mujeres del lugar, con un bálsamo cuya receta permanece secreta y se transmiten los prácticos de generación en generación.

Al día siguiente, durante el Vía Crucis de las diez de la mañana, de igual recorrido que el del Jueves, otros doce o más penitentes saldrán de nuevo a la calle a expiar públicamente sus culpas o las de sus familias, o a agradecer los favores por los que hicieron promesa, y otros tantos por la noche, después de los Oficios de las siete, aunque esta vez dentro de la iglesia. Y si bien parece existir una prohibición tácita de flagelarse durante más de treinta minutos (el castigo es aconsejable detenerlo a los veinte, pero su intensidad y duración dependen de la fuerza con que se golpee el disciplinante y de su resistencia física), ha habido casos de penitentes que se han picado los dos días seguidos.

Tradición del castigo corporal

El triste gusto por la sangre, presente en tantas manifestaciones españolas de muy diverso carácter, es más acusado entre los forasteros que entre los sonserranos, que, a fin de cuentas, tienen dónde apoyar su tradición de los picaos, independientemente de su validez actual y de su justificación. Para entender la posibilidad de la penitencia corporal en nuestros días basta con notar la rica tradición de la Iglesia en este terreno. Numerosas órdenes religiosas la practicaron y la practican, y en la actualidad se pueden adquirir en conventos de monjas de clausura cilicios y disciplinas al módico precio de cincuenta pesetas, instrumentos cuyo uso, en contra lo que pueda suponerse, está generalizado en determinados círculos de seglares.

Según consta en los archivos de la Cofradía de la Santa Vera Cruz de los Disciplinantes (nombre primitivo de la actual), el 19 de junio de 1500, su procurador y mayordomo, Martín Pérez de Ullarte, presentaba la Regla de la Cofradía al

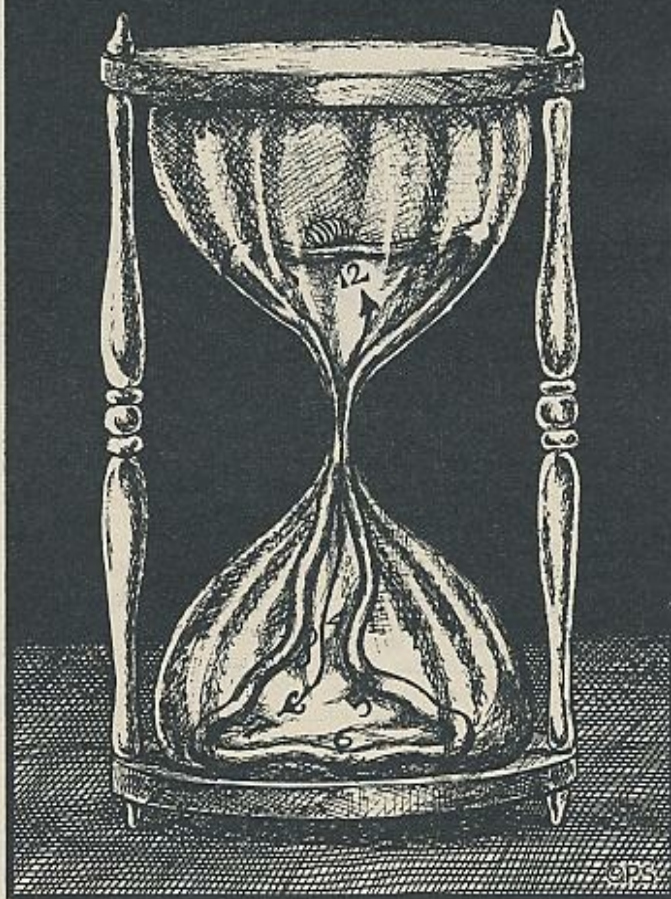
provisor y vicario del Obispado, don Andrés Ortiz de Urruñu, para que éste la aprobase. Tales Estatutos eran, a lo que parece, una recopilación de disposiciones dispersas sobre el culto que debía tributarse a una supuesta reliquia de la cruz en que Cristo fue ejecutado, y que donó a San Vicente don Ramiro Sánchez, señor de la Sonsierra y descendiente de Sancho de Navarra, que marchó a la Cruzada, entró en Jerusalén en 1088 y recuperó para la Cristiandad un trozo del sagrado madero. En el testamento, don Ramiro ordenaba a su albacea que levantara en la comarca (como se haría ciento cincuenta años más tarde, a tres kilómetros de San Vicente) una ermita que guardara tan precioso botín y de la que hoy dan testimonio unas ruinas.

En principio, las Ordenanzas eran más rígidas, y centrándose en los picaos, disponen que las penitencias se lleven a cabo todos los viernes de Cuaresma, en el interior de la iglesia y durante el tiempo de un Miserere. Un Decreto de la Cofradía de 1596 deja al arbitrio del abad la reducción de esta práctica a un viernes por mes. La Cofradía llegó a alcanzar gran esplendor y renombre, de modo que en el XVIII, buen número de cardenales, arzobispos y obispos españoles y extranjeros y el propio Pío VII la distinguieron con indulgencias, y algunos prelados se contaban entre sus cofrades honoríficos. A mediados del XIX, sin embargo, se había llegado a una situación de relajamiento que los puristas decidieron cortar. La Cofradía se escindió en dos ramas, tomando una de ellas —la que perduraría— el nombre de la Santa Penitencia. Es a partir de entonces cuando el rito de los picaos se concentra en los días de Semana Santa, se ordena que los penitentes vayan descalzos y se flagelen hasta el límite de sus fuerzas, y se decide que se piquen públicamente en las calles y no en el recinto de la iglesia, aun manteniendo velado el rostro.

La observancia de las disciplinas se suprimió en 1931, y sólo se reanudaría una vez terminada la guerra civil. En la década de los cuarenta, antiguos cofrades recuperaron los cuatro únicos hábitos y varias madejas que algunas familias conservaban, y reorganizaron la Cofradía. Túnicas, capas y disciplinas pertenecen en la actualidad a la Santa Penitencia, que las presta exclusivamente para las celebraciones.

Una práctica medieval

Por más que algunos sonserranos pretendan pasarlo por alto, la tradición de los picaos es un ejem-



Una visita a **AGFA-GEVAERT,** **EL GIGANTE EUROPEO DE LA FOTOGRAFIA**

La fusión de Agfa y Gevaert y la absorción de Perutz, Leonar y Mimosa, han creado un complejo de 34.000 empleados y una cifra de ventas de 50 mil millones de pesetas.

Los pilares de Agfa-Gevaert

Agfa-Gevaert, que cuenta actualmente con 34.000 empleados, tiene su centro de actividades en Europa, aunque sus exportaciones a ultramar adquieren cada vez más importancia.

Su producción de películas y papel fotográfico, es equivalente a la superficie total de la red de autopistas alemanas. Y sus películas, alineadas, alcanzarían para dar tres vueltas al Ecuador.

Leverkusen, Amberes y Munich —junto con sus filiales Leonar en Hamburgo, Mimosa en Kiel y Perutz en Munich—, son los centros más importantes de esta Empresa Fotográfica europea de envergadura internacional.

Agfa-Gevaert fabrica más de 20.000 productos, que son exportados prácticamente a 145 países.

Una patente diaria

Mediante la fusión de la firma belga Gevaert-Photo-Producten N.V. y la alemana Agfa A.G., se formó el más grande imperio europeo de la fotografía: El grupo Agfa-Gevaert.

La fusión de estas dos firmas ha dado nuevos impulsos a la fotografía y es el fundamento de un grande y dinámico desarrollo.

Agfa-Gevaert cuenta con más de 300 científicos. Y destina anualmente más de 2.400 millones a la Investigación. Esto es el tributo a la fama de este gigante que lanza



La Factoría de Agfa-Gevaert en Alemania (Leverkusen): Films y papel fotográfico.

de película totalmente exentas de polvo.

Es más, en la película CT-18 de paso universal, intervienen nada menos que 72 compuestos químicos.

Del simple carrete, hasta los Rayos X

Pero hay aún más: Las exigencias del avance de la técnica moderna, son el estímulo de Agfa-Gevaert que imprime, en cada uno de sus fabricados, el sello personal de alta precisión y eficacia.

Consciente de la necesidad de lograr equipos técnicos competentes, Agfa-Gevaert centra su actividad creadora en la fabricación y comercialización especializada de aparatos para todos los campos de aplicación fotográfica: Desde las cámaras basadas especialmente en sistemas automáticos y exentas de problemas (como las Agfamatic, las Sensor, la filmadora Microflex, que es la más pequeña y manejable del mundo, etc.), hasta las complicadísimas reveladoras para las peli-

culas de Rayos X, o los aparatos de laboratorio automáticos, que hoy permiten revelar las fotos a plena luz del día.

Exitos Agfa

En el campo del color, cabe destacar la película negativa, las diapositivas Agfachrome y el programa de películas Agfachrome-Profesional. En las cámaras, los logros de la regulación automática de la exposición y el disparador del obturador sin vibraciones (el célebre «Punto Rojo», Sensor que suprime las fotos movidas), etc.

Pero no es únicamente en películas y cámaras, donde Agfa-Gevaert ha cosechado sus triunfos más rotundos. Gran parte de la justa fama adquirida, se basa también en la serie de sus productos especiales para laboratorio, como reveladores, papel color y blanco y negro... y todos los productos auxiliares para revelar buenas fotos. Productos creados por el ingenio y la investigación con unos standard de calidad muy altos.

M. A.



La Factoría de Bélgica (Mortsel): Rayos X, Negativos Cine y TV., Artes Gráficas, Electrofotografía, Microfilm, etc.

145 -Países Agfa-

Al realizarse la fusión de Agfa y Gevaert, se consolidó su organización internacional. Hoy en día, para muchos millones de aficionados y fotógrafos profesionales en todo el mundo, el rombo Agfa y el pentágono Gevaert son los símbolos de máxima garantía en fotos.

Su red de distribución es una de las más amplias y poderosas del mundo, incluyendo los países del Este. Un ejemplo, son los acuerdos firmados no hace mucho, con Rusia y Polonia. Agfa-Gevaert está presente en los principales mercados del «mundo fotográfico», como Japón, EE.UU., Brasil, Australia, etc.

100 productos nuevos (o mejorados) cada año y consigue un promedio de... ¡una patente diaria!

72 compuestos químicos en una película Agfa!

Cuando apretamos el disparador para sacar una foto, no nos hacemos una idea de lo que es necesario para la fabricación de una película, o un carrete.

Aparte de la complicada técnica que de por sí requiere, se precisan una limpieza y precisión rayanas en lo increíble: En la fábrica de Leverkusen, se purifican millones de metros cúbicos de aire, filtrándolos para poder «colar» tiras



La Factoría de Munich: Cámaras, Tomavistas y Óptica.

LA PENITENCIA DE "LOS PICAOS"

plio incuestionable del arraigo de prácticas medievales en nuestro país, no sólo por lo que suponen de evocación, sino porque pertenecen realmente a la Edad Media. Los picaos de hoy se visten, flagelan y curan exactamente como antaño, sin que en absoluto hayan variado las formas externas de esta costumbre (y, en todo caso, para peor). Cabe preguntarse también si han evolucionado en algo su razón y su significado. Es indudable que formas semejantes de religiosidad externa han sido auspiciadas, recomendadas incluso, por la Iglesia hasta épocas recientes —y hoy toleradas—, y que determinados seglares practican hoy, bajo el traje bien cortado, la tortura del cilicio. Unida a ello la conciencia de comunidad existente aún en los pueblos de España, en cuanto que afirmación de la identidad colectiva, y el deseo de afirmación personal de no ser menos, se explica en buena parte que muchos sonseranos se piquen, año tras año, por dejar en buen lugar el nombre de San Vicente y demostrarse a sí mismos que lo son.

Esta religiosidad popular, fundamentada en un maniqueísmo que sólo en la actualidad ha comenzado a reputarse nefasto, atribuye también, lógicamente, algunas adversidades al incumplimiento de la cita anual de la penitencia y la consiguiente venganza divina. Cuenta una anciana de San Vicente que el año en que su marido dejó de picarse, al cabo de muchos de hacerlo, sufrió un flujo de sangre como castigo. El hecho es que el organismo debía eliminar ese exceso de sangre acumulada en previsión del derrame periódico acostumbrado. Es significativo señalar, siguiendo en este terreno, que los médicos de San Vicente jamás se han visto obligados a atender a ningún paciente a consecuencia de las heridas producidas por picarse, y que tampoco se han registrado casos de infección, lo que a los ojos del pueblo es signo definitivo de la protección divina.

¡Penitencia! ¡Penitencia!

El significado de los picaos es claramente expiatorio, por un lado, y por otro, rememoración de los azotes sufridos por Cristo. No es superfluo traer a colación algunas de las estrofas del Vía Crucis popular a que antes se hizo referencia, incluidas en el folleto editado por el párroco. En ellas se apostrofa al pecador (y lo son, indefectiblemente, todos los mortales) con tales adjetivos, se le recuerda hasta tal punto su condición miserable y se le amenaza con tales desgracias (con el infierno ardiente como fondo), que toda penitencia resulta insuficiente. El lenguaje del

versificador, por otra parte, claro, sencillo, directo, se propone que el pueblo identifique fácilmente a los actuantes en la Pasión y asuma el papel que le está destinado. De esta forma, la Verónica es una «madrone valiente», mientras que los verdugos son «fuertes con gran crueldad», y el pueblo, si en un momento dado «ruge, jura y reniega», en otra ocasión «se revuelve y vocifera». Lógicamente.

Yo, Señor, soy el alma que,
[ingrata,
vuestros Mandamientos osé que-
[brantar.
Reconozco, Señor, mis pecados,
y al pie del Calvario los vengo
[a llorar.

Se canta en la introducción. Más adelante se continúa:

¡Alma pecadora, vete a confesar!

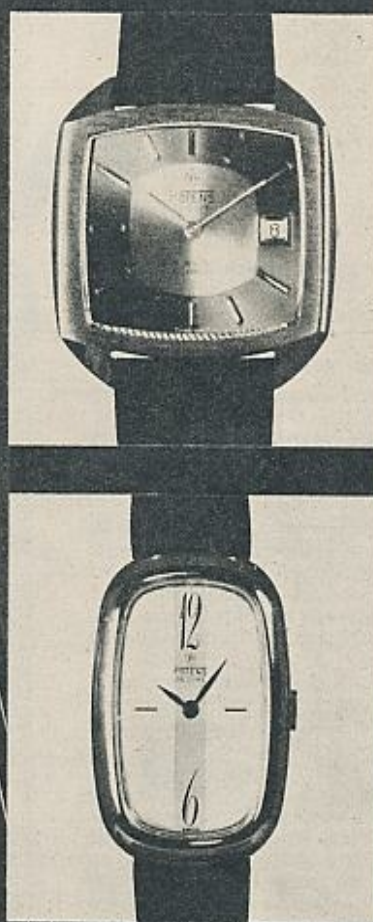
Completada con repetidas exclamaciones de «¡Penitencia! ¡Penitencia!». Un ejemplo de lenguaje sin eufemismos y de la adición de elementos del habla popular de la comarca al universo de la Pasión, lo da la introducción a la tercera caída de Jesucristo:

En la nona estación verás cuánto
tus culpas abruma a Su Majes-
[tad,
que le rinden de nuevo en el
[suelo
rompiendo su boca contra un pe-
[dernal.

A lo que responde Cristo:

Al quererme levantar,
como la fuerza era poca,
caí, para más penar,
tan recio que vine a dar
en las piedras con mi boca.

En defensa de su significación estrictamente penitencial y alejada del exhibicionismo —al menos, declarado, tan común en otras celebraciones españolas de Semana Santa—, la tradición de los picaos aduce su carácter secreto. Además de la capilla o capucha que cubre el rostro de los penitentes, su identidad no es revelada bajo ningún pretexto, y los propios disciplinantes se cuidan de no delatarse. Es corriente oír hablar a las mujeres de San Vicente de que no han sabido que su marido se picaba hasta que no se han acostado los cónyuges por la noche, aunque las comadres se las ingenian para sacar sus deducciones. El hecho de que ellas no tomen parte en estas ceremonias penitenciales no es, sin embargo, diferenciador, porque parece habitual en toda España su exclusión de las actividades típicas de estas fechas, fuera de cometidos marginales o de excepciones que no sirven si no para confirmar la regla. ■ M. M.



POTENS

arte y técnica
de la
industria relojera
suiza